**DOMINGO II DE CUARESMA**

El evangelio de este domingo nos habla de la transfiguración de Jesús. Este suceso tan importante también está relatado por Mateo y Lucas. El evangelio de Marcos, que es el que estamos tratando hoy, nos muestra algunos elementos a tener en cuenta: el monte elevado, las vestiduras blancas y resplandecientes, el diálogo entre Jesús, Moisés y Elías, la nube, las carpas, la voz del Padre. Antes de analizar algunos de estos elementos, la pregunta es ¿por qué este texto de la transfiguración en este tiempo de Cuaresma? ¿Qué relación tiene un texto que habla de la luz con el tiempo de la conversión y la penitencia? La clave está en la ubicación literal del texto. Veamos el sentido cuaresmal de este texto al cual siempre lo relacionaron sólo con la contemplación.

a)-El texto inicia así: “Seis días después, Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan, y los llevó a ellos solos a un monte elevado”. ¿Seis días después de qué? Jesús estaba hablando a la multitud y a sus discípulos sobre las condiciones para seguirlo. Una de esas condiciones es renunciar a sí mismo y cargar con la propia cruz. Y finalizó diciendo que algunos de los que estaban presentes verían el Reino de Dios manifestarse con poder y gloria. Seis días después de decir esto, sucede la transfiguración, es decir, un anticipo de la resurrección, la cual no sería comprendida por los discípulos en ese momento. Sólo fueron testigos y tuvieron que guardar silencio sin comprender. Con este suceso, Jesús manifiesta que el camino de la pasión tendrá como fin la resurrección. El sufrimiento del cristiano no tiene un fin en sí mismo; es decir no se sufre por sufrir, o porque hay que sufrir o porque se tiene mala suerte. Se sufre con la mirada puesta en la resurrección. El cristiano que sufre y se queja no tiene puesta su mirada en la resurrección, o no tiene una verdadera fe en Jesucristo. El nombre “cristiano” significa justamente eso: aquel que vive lo mismo que Cristo, padece y carga su cruz con la esperanza de la resurrección final. El sufrimiento es la experiencia que más asemeja un cristiano a Jesucristo.

b)-Según el texto de Lucas, la conversación que tenían Elías y Moisés con Jesús, se trataba sobre la partida de Jesús que iba a cumplirse en Jerusalén. Jesús daría cumplimiento a lo que decían la Ley (Moisés) y los Profetas (Elías).

c)-Las carpas de las cuales habla Pedro dan a entender que estaba por celebrarse la fiesta de la Chozas, en la cual el pueblo judío recordaba la peregrinación por el desierto hacia la tierra prometida. Actualmente los judíos celebran esta fiesta en el mes de setiembre, y arman chozas en las calles, donde rezan, comen y reciben a sus amigos, por el término de siete días.

Pedro habla de armar tres carpas: una para Jesús, otra para Moisés y otra para Elías. Con esto evoca a la tienda del Tabernáculo que también armaban los judíos cuando estaban en el desierto. Era una tienda especial porque ahí estaba el arca de la Alianza con las tablas de la Ley y los panes ázimos. Pedro manifiesta la importancia de las tablas de la Ley (representada en Moisés), del anuncio de los Profetas (representado en Elías) y del Mesías que da cumplimento a la Ley y a los Profetas (Jesús).

d)- Pedro, Juan y Santiago, tenían temor. Jamás habían visto a Moisés ni a Elías. Tampoco a Jesús resplandeciente. Y es en ese momento en que una nube los cobija con su sombra, como aquella que acompañó al pueblo en el desierto. Y se oye la voz del Padre: “Este es mi Hijo muy querido, escúchenlo”. En el desierto, Dios le hablaba al pueblo así: “Shemá Israel” (es decir, escucha Israel las palabras de mi boca). Ahora Dios repite esas palabras haciendo una referencia más explícita a su Hijo quien es su Palabra. ¿Cómo se vive después de escuchar una frase tan potente como esta? ¿Se puede seguir siendo la misma persona después de ser testigo de un suceso así? Sin embargo, Pedro después negará a Jesús tres veces y lo abandonará en el momento de la muerte. El mismo que decía: “Maestro, qué bien que estamos aquí”, después dirá: “No lo conozco”.

El tema central de este texto, no es una romántica contemplación donde nadie me molesta y adonde me alejo de todos mis problemas. El centro de este texto es la manifestación plena y potente de Dios, con gestos y palabras, que comparte con el hombre, quien después se olvidará de lo que vio y escuchó. Dios se manifiesta y se transfigura hoy, y sin embargo nosotros, viéndolo y escuchándolo, después lo abandonamos. ¿A qué me refiero? Medito la Palabra, me siento feliz (¡qué bien que estamos aquí!) y después actúo totalmente diferente. No escuché realmente a Jesús como nos dice el Padre. Voy a misa y comulgo; me siento como en el cielo (¡qué bien que estamos aquí!) y después me olvido del Pan que he comido. Y la carpa de Jesús que tanto he armado, ahora parece tan pequeña en comparación con otras carpas que también he armado con esmero: la carpa del consumismo, la carpa de la autosuficiencia, la carpa del egoísmo poderoso donde yo controlo todo y a todos. Y lo peor de todo es que, interiormente decimos, ¡qué bien que estamos aquí!

En síntesis: vivimos en peregrinación en medio de nuestros desiertos, donde armamos nuestra carpa para instalarnos por un tiempo. Mañana hay que desarmar la carpa y volverla a armar en otro lado. Y así, hasta llegar a la tierra prometida que es la Carpa con mayúscula, es decir, el cielo, la morada de Dios. En este tiempo de Cuaresma, la carpa de nuestro corazón necesita ser desarmada, restaurada, purificada, porque últimamente ha estado escuchando demasiadas voces, menos la voz del Hijo muy querido. Podemos vivir como transfigurados pero si aceptamos ser convertidos.